

# Al regresar de Bretton Woods

FABIÁN ESTAPÉ - Economista

LA VANGUARDIA - DINERO - 21.12.08

Existen a menudo circunstancias que van más allá de las actividades folklóricas, que traducen intereses cruzados en confluencia hacia claros objetivos. En el mundo de la economía moderna, la repetición de esas oportunidades nos suena a *déjà vu*, después de la advertencia que supusieron algunos precedentes como las singulares coyunturas registradas hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. En aquellos momentos, EE. UU. surgió como la potencia más fuerte del mundo, viviendo un rápido crecimiento industrial y una fuerte acumulación de capital; pero, a pesar de tener más oro, más capacidad productiva y más poder militar que nadie, vieron que su economía no podría sobrevivir sin mercados ni aliados.

Por otro lado, había previsiones de los más grandes economistas de que la vuelta a la paz podría desembocar en una depresión como la del 29; así que el presidente Roosevelt aceptó el consejo de que crear un orden de posguerra era la mejor manera de garantizar la prosperidad de EE. UU. Toda vez que se alude a un recuerdo histórico hemos de ser fieles a la realidad y reconocer que muchos economistas abiertos al porvenir (con John Maynard Keynes a la cabeza) recomendaron que, por aquello de no tropezar en la misma piedra, se fomentase la creación de organismos internacionales para evitar crisis recurrentes o, si quieren, "las consecuencias económicas de la paz". La idea cristalizó en los acuerdos de Bretton Woods; es decir, en las resoluciones de la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas (adoptadas entre el 1 y el 22 de julio de 1944), en las que se establecieron las reglas para las

relaciones comerciales y financieras entre los países más industrializados del mundo y se decidió la creación del Banco Mundial (BM) y del Fondo Monetario Internacional (FMI).

Esto, con la guerra dando aún boqueadas, fue arriesgado pero útil, pues la reunión de tantos cerebros permitió aceptar de mejor grado la hegemonía de EE. UU. (que tantas décadas después ha seguido conservando), y es que, como decía John Kenneth Galbraith, era necesario aparentar que se escuchaba a todos los países europeos occidentales que habían recobrado la libertad gracias al poder militar norteamericano. De todos modos, es obligado recordar una vez más que tras la creación del BM y el FMI, en la primera conversación que mantuvieron, Keynes le dijo a su colaborador Roy Forbes Harrod: "Roy, creo que nos hemos equivocado, porque lo que llamamos fondo será un banco y lo que hemos llamado banco será un fondo".

Los acuerdos de Bretton Woods en España apenas tuvieron eco; lo que se debe a que entonces nuestra economía estaba sujeta a los corsés de la muy dura y reciente denegación de ingreso en la Asamblea General de las Naciones Unidas. No es extraño que excluyeran a España, pues no hace falta más que recordar la vigencia del "régimen del estraperlo".

En realidad, la economía española estaba cualquier cosa menos abierta y la penetración de economistas españoles de primer orden había sonado como una trompeta anunciadora de la necesaria pero amenazante permeabilidad.

Son épocas lamentables que me tocó soportar, en las que cuando existía una posibilidad de intercambio internacional, no faltaba el arisco de turno

que ponía todo su empeño en crear dificultades. Sirva de ejemplo que todo un consejero del Banco de España en una ocasión me dijo: "España lo que no necesita es contratar economistas del Orinoco". Pues bien, para lección de unos y otros, "del Orinoco" vino Joan Sardá Dexeus... el economista que en 1959 sacó a España de una situación en la que se estaba a punto de volver a que los únicos medios de locomoción fueran los de tracción animal. Sin comentarios, ¿no?